

van su Mansedumbre en medio de cualesquier acontecimientos.

Atenesa. Pues vamos, vamos á pedir á Dios una virtud tan grande y tan amable; y á trabajar con tesón para adquirirla,

Clara. Así lo deseo muy deveras; y ruego al Señor, que os sea propicio.




---

## CONVERSACION XXXVII

SOBRE LA DULZURA DE CONDUCTA.

Adelaida. Habiéndote oído ya discurrido acerca de la Dulzura en las palabras, deseamos vivamente escucharte ahora sobre la Dulzura en la conducta.

Clara. Razón tenéis en distinguir estas dos cosas; pues con efecto son distintas.

Atenesa. Eso mismo es lo que nos obliga á que deseemos oírte sobre este punto, para no engañarnos.

Clara. Pues para tener suavidad y dulzura de conducta, no basta hablar con afabilidad y blandura; se necesita además, tener unos modales apacibles, aseadas y llanas.

Adelaida. Muy poco se encuentra de eso en el mundo.

Clara. Todo lo que es virtud; es de esta especie.

Atenesa. Con efecto, algunas personas hay que hablan con harta melosidad; y sin embargo, no se puede vivir con ellas.

Clara. Verosimilmente, mejor querrias tú vivir con

personas que hablasen rústica y desaliñadamente; y que por otra parte tuvieran bondad de corazón.

Adelaida. ¿Qué tiene que hacer eso? Mil veces preferiría yo estas á las otras.

Clara. Aunque estas últimas son, sin duda, muy imperfectas y muy molestas; juzgo que lo son menos que las primeras.

Atenesa. También yo las preferiría desde luego.

Clara. Investiguemos, pues, que es lo que en este particular puede hacer lo que nosotras llamamos Dulzura y suavidad de conducta.

Adelaida. Eso mismo es lo que aguardábamos con impaciencia.

Clara. Pues á mi parecer, no se necesita para eso otra cosa que un espíritu ó un genio cabal y equitativo, sostenido de la Divina gracia.

Atenesa. Y ¿qué es lo que se requiere para ser conforme tú piensas?

Clara. Es necesario que no sea ni muy porfiado, ni contradecidor, ni sospechoso.

Adelaida. Mucho negocio y mucho embarazo es ese.

Clara. Con todo, no menos que esto que he dicho, se necesita para que un espíritu sea y pueda llamarse cabal y razonable.

Atenesa. Aunque entendemos y lo que quieren decir todos esos vocablos; ten sin embargo, la bondad de explicárnolos un poco más.

Clara. Genio ú espíritu *porfiado* es aquel que gusta de disputar por cualquier cosa, por un alfiler: el genio

*contradecidor* es el que nada encuentra en los demás que esté bien dicho, ni bien hecho: el genio *sospechoso* es el que continuamente anda dando mala interpretación, ó tomando las cosas en un sentido siniestro.

Adelaida. ¡Qué tres caracteres de genio tan extraños!

Clara. El que fuese capaz de expresar puntualmente lo mucho que estos genios hacen sufrir á los demás, era preciso que fuese muy hábil y muy diestro.

Atenesa. ¿No será posible vivir con semejantes genios?

Clara. A beneficio y con el socorro de la virtud, sí se puede vivir muy bien.

Adelaida. Mejor dirías: hay muy bien que sufrir con ellos.

Clara. No se oponen estas dos cosas; porque bien se puede vivir con ellos, y al propio tiempo tener bien que sufrir y que aguantar.

Atenesa. ¿Y si no hay virtud?

Clara. Será necesario darse prisa para adquirirla; y aun hacer una competente provisión de ella.

Adelaida. Pues la virtud ¿no es un dón de Dios?

Clara. Cierto; pero Dios no favorece con él, sino á los que trabajan mucho por adquirirle y grangearle,

Atenesa. Después de todo, á mí me costaría un trabajo sumo el haber de aguantar á semejantes genios.

Clara. Cuidado con eso; que os desviáis del intento.

Adelaida. Yo no advierto tal cosa.

Clara. Vosotras me preguntásteis, ¿qué era lo que se necesitaba para tener Dulzura de conducta? Y lo

que yo veo es, que os váis acalorando ya contra los que no la tienen.

Atenesa. Ahora sí caigo en la cuenta; pero como que es una cosa natural enardecerse, cuando se oye hablar de esta clase de genios.

Clara. Sí; más la prudencia pide que no nos dejemos llevar siempre de nuestro ardimiento.

Adelaida. No podemos menos de admirar lo muy adecuadas que son todas tus palabras. Enséñanos ahora, ¿qué es lo que se ha de hacer para sanar de estas dolencias?

Clara. Para dejar de ser nimiamente porfiadas, ó tercas de genio, no hay más que prohibirse enteramente toda disputa y toda contestación.

Atenesa. El caso es, que hay lances, en que una no puede eximirse de ellas.

Clara. Pues lo que se ha de hacer en esas ocasiones es, decir modestamente las razones que asisten, por modo de reconvención ó cargo, y no de alteración; y dejarse siempre juzgar con docilidad.

Adelaida. Si no hay más que hacer que esto, es cosa fácil.

Clara. Concedo que sí, para un genio racional, más no para el que sea sobradamente rencilloso; porque semejantes genios, por materia de un alfiler serán capaces de dejarse despedazar.

Atenesa. ¡Eso es una compasión!

Clara. Así es; pero todo el mundo vé, que en esto nada digo de más,

Adelaida. Y para libertarse del genio *contradecidor*, ¿qué medidas es menester tomar?

Clara. Es necesario tener á todos los demás por superiores á nosotras en instrucción, en talento, en prudencia, en hadilidad y generalmente en todo.

Atenesa. Pero eso es lo mismo que renunciar á su propia razón, y á su juicio.

Clara. ¡Ay! ¿Qué no se debe hacer por tener paz, y por procurar que los demás la tengan?

Adelaida. ¿Es igualmente fácil desechar el genio *sospechoso ó desconfiado*?

Clara. No por cierto; no es tan fácil.

Atenesa. Y ¿por qué? Dime.

Clara. Porque el genio *sospechoso* tiene profundamente echadas sus raíces en una imaginación tan dañada y pervertida; y no hay cosa más difícil, que curar una tal imaginación.

Adelaida. Según eso ¿será éste un mal incurable?

Clara. Absolutamente no lo es; pero le falta muy poco: porque ¿cómo es dable curar á unas personas, á quienes su trascordada imaginación representa como blanco lo que es negro, y negro lo que es blanco?

Atenesa. ¡Terrible trastorno de cerebro es ese!

Clara. Y ¿no es esto lo que se está viendo todos los días?

Adelaida. Ahora conozco yo bien, que semejantes genios son los más dignos de lástima, y aún los más temibles.

Clara. Tú tienes mucha razón; porque estos genios casi nunca vuelven, ni sanan de su trastorno.

Atenesa. ¡Infelicidad grande, por cierto!

Clara. Seguramente que es de las mayores: pero aun hay otro carácter de genio, del cual es muy difícil guardarse, por más que se haga.

Adelaida. Y ¿cuál es?

Clara. El genio *extremado*.

Atenesa. Y ¿en qué consiste éste?

Clara. En no guardar en nada un justo temperamento; sino llevándolo todo por unos extremos sumamente peligrosos.

Adelaida. Para curarse de este genio ¿qué se necesita hacer?

Clara. Lo primero que se ha de hacer es, no tener nunca por amigas á gentes de este carácter.

Atenesa. ¿Y será necesario quedarse ahí?

Clara. Se deberá demás de eso, pesar juiciosamente todas las razones de una y otra parte; y desconfiar siempre de todo aquello que se desvía de un justo medio.

Adelaida. ¿No pides todavía algo más que esto?

Clara. Que no entabléis amistad sino con personas de genio moderado, si es que podéis encontrarlas.

Atenesa. ¿Y si no las hay?

Clara. Sin pensarlo, das ya en un extremo.

Adelaida. Pues ¿donde las hallaremos?

Clara. Aunque, á la verdad, son raras; pero sí las hay.

Atenesa. No habría cosa que yo hiciése por unos genios de esta naturaleza; son envidiables; yo me los comería.

Clara. Ese es otro extremo también; á lo menos, así lo indican sus expresiones.

Adelaida. Cierio, que son demasiado exageradas; pero al cabo ¿no son verdaderas?

Clara. Yo no niego que lo serán, siempre que vayan acompañadas de una justa moderación.

Atenesa. ¿Con que en tales persona si se encontrará suavidad de conducta?

Clara. ¡Ah! Eso viene á ser ya como un paraíso anticipado.

Adelaida. Pues ya deseo yo con ansia encontrarlas, para tratar con ellas.

Clara. No os habéis de contentar solamente con tratarlas; sino que también habéis de hacer por ser como ellas; para que en vosotras se encuentre igualmente este paraíso anticipado.

Atenesa. Como eso no consista más que en trabajar, yo no omitiré diligencia alguna por salir con la empresa.

Clara. Yo me regocijo de esa vuestra resolución; y deseo que tenga feliz suceso.

Adelaida. Dios lo quiera así; y nos conceda esta gracia.

## CONVERSACION XXXVIII

SOBRE LA PACIENCIA.

Marcela. Siendo así que nos has hablado ya de otros varios asuntos, nada nos has dicho aún acerca de la *Paciencia*.

Amalia. Yo me huelgo de que me empeñéis en este asunto; porque es uno de los más importantes de que se puede tratar.

Ursula. Aunque yo soy muy amante de esta virtud, y no acabo de admirar á los que la poseen; no me considero muy á propósito para ella.

Amalia. No obstante eso, has de saber, que ésta es la virtud de las almas generosas, y la que caracteriza los grandes personajes.

Marcela. Si eso es así, como yo no aspiro á semejante cosa, bien podré dejar con toda seguridad á otros esta virtud tan recomendable.

Amalia. Mucha compasión te tuviera yo, si tomas un tal partido; porque eso sería renunciar enteramente á la virtud.

Ursula. Yo sí deseo mucho, y celebrára ser virtuosa; mas no aspiro al honor de que me coloquen entre

las heroínas, ni á ocupar asiento entre los grandes personajes.

Amalia. Es que para llegar á un mediano grado de *Paciencia*, se necesita dirigir la mira á no menos alto grado que el ya referido.

Marcela. Pero ¿acaso es tanta la necesidad que tiene de esta virtud una Señorita, que tal vez solo ha nacido para tener una vida tranquila y oscura! ó desconocida?

Amalia. Sí, porque sin esta virtud no puede obtener ni conservar ninguna otra.

Ursula. Esa es una respuesta que necesita de explicación.

Amalia. ¿No véis que sin la virtud de la *Paciencia*, no sería posible sufrir nada; y que sin sufrir como e debido, no se puede adquirir ni conservar ninguna otra virtud?

Marcela. Tú seguramente llevas las cosas tan al cabo, que no es posible seguirte.

Amalia. No por cierto, no las llevo tal; y aun juzgo me contengo dentro de los límites de la verdad.

Ursula. Pues explícate algo más, si quieres; y haznos entender lo que todavía no comprendemos.

Amalia. La castidad, la justicia, y la Religión misma, ¿no son unas virtudes de las más recomendables que hay en el Cristianismo? Pues sin la *Paciencia* ni se pueden alcanzar, ni mantener.

Marcela. Todavía no acabo yo de comprender cómo estas virtudes dependan de la *Paciencia*.

Amalia. Pues no tienes más que registrar los Ana-

les de la Historia, y verás, que el temor de los sufrimientos ha hecho á muchísimos renunciar á todas estas virtudes.

Ursula. Con eso me haces abrir de una vez los ojos para que vea claramente lo que antes no podía percibir.

Amalia. Ya ves, pues, con cuánta razón digo yo, que sin la Paciencia no puede haber virtud sólida.

Marcela. Yo creía únicamente, que sin esta virtud, lo más que podía suceder, era dejarse llevar algunas veces de la impaciencia, de la murmuración, de palabras descompasadas; y que no había que temer más que esto.

Amalia. Y ¿qué? Aun cuando no hubiese otra cosa que temer, ¿te parece que no sería éste siempre un mal bastante grande?

Ursula. Es verdad; pero este linage de pecados no me parece de mucha consecuencia.

Amalia. Cualquiera que hable de éste modo, casi no conoce ni lo que es Dios, ni lo que es pecado, porque conociendo uno y otro, había de saber forzosamente, que todos los pecados son de consecuencia.

Marcela. Pero estos, cuando mucho, ofenderán al próximo, más bien que á Dios.

Amalia. Me pasma todavía un lenguaje como ese: y cierto no sé dónde lo habéis aprendido. Pues ¿qué? ¿Ignoráis que todo lo que ofende al prójimo, ofende también á Dios; y que todo lo que ofende á Dios y al prójimo, es sumamente perjudicial á nuestra propia conciencia?

Ursula. Yo no pienso en nada de eso, cuando llego á impacientarme: lo que hago únicamente es, seguir mi humor y mi temperamento, sin poder por entonces acallarle, ni contenerle.

Amalia. Dí más bien, que no quieres hacerlo; pues con la gracia de Dios todo lo podemos; y no hay quien no pueda alcanzarla, si de veras lo solicita.

Marcela. Cuando oigo hablar de esa manera, me entran fuertes deseos de tener esta virtud, y aun hago mil esfuerzos para adquirirla; más luego mi humor y mi temperamento me irritan y me enfurecen.

Amalia. Hasta ahora había yo entendido, que solamente las bestias feroces se irritan de esa suerte; pero no me cabía en el juicio, que unas gentes de razón, y sostenidas con el auxilio de la Divina gracia, obrasen como fieras.

Ursula. Ya veo que es preciso ceder á la fuerza de tus raciocinios; pero ¿á qué grado, ó hasta dónde debe extenderse la Paciencia?

Amalia. Es necesario ejercitarla hasta el punto de no llegar á desazonarse, por más motivos de sufrir que á Dios le pluguiere enviarnos.

Marcela. ¿Y que? ¿Bastará no disgustarse á causa de ellos?

Amalia. Tienes mucha razón; algo más es menester todavía; pues también es necesario hacer el ánimo á recibirlos de buena gana, y llevarlos con paz y en silencio.

Ursula. ¿Se entiende eso con toda especie de sufrimientos?

Amalia. Con todos generalmente, hora vengan de parte de Dios, hora de las criaturas; de nuestros amigos ó enemigos; de nuestros iguales é inferiores, ó de nuestros superiores; hora, en fin, acometan á nuestro cuerpo, ó á nuestra alma; á nuestros bienes ó á nuestra honra.

Marcela. Sin duda, es muy grande y de una vasta extensión esta virtud.

Amalia. Verdad es; pero ¿de cuanta gloria no será coronada, siempre que no llegue á bastardear, perseverare hasta el fin?

Ursula. Yo por mí, nada tengo ya que replicar; quedándome únicamente el sonrojo [de haberme explicado en tales términos, y de haberme conducido así.

Amalia. Razón tienes para avergonzarte; bien que yo espero, no te quedes solo en eso.

Marcela. Cabalmente este es todo el objeto de nuestros deseos.

Ursula. Pues pedidle á Dios, que se digné de bendecirlos.



## CONVERSACION XXXIX

SOBRE EL ESPIRITU DE MORTIFICACION.

Agapa. Dínos, te ruego, ¿en que consiste, que, siendo la Mortificación tan común en el mundo; con todo *el espíritu de Mortificación* sea tan raro en él?

Cunegunda. Y ¿por qué, decidme á mí vosotras, habiendo en el mundo tantas personas humilladas, hay tan pocas que sean humildes?

Flavia. A tí te corresponde declararnos uno y otro.

Cunegunda. No es difícil de encontrar la razón de ambas cosas.

Agapa. Sí, para una persona instruida como tú.

Cunegunda. Vedlo bien claro: porque nunca, por lo regular, se reciben voluntariamente las mortificaciones y las humillaciones: casi siempre está á disgusto y pesar nuestro; y así, sucede el estar mortificadas y humilladas, sin tener por eso el espíritu de mortificación ni el espíritu de humildad.

Flavia. ¿Con que es menester abrazarlas voluntariamente, para tener estas dos virtudes?

Cunegunda. No lo dudéis; de otra suerte es pade-